

## **SOCIALISMO LIBERTARIO: UNA PROPUESTA PARA EL S. XXI**

**Nelson Méndez // Alfredo Vallota**

**U.C.V. // U.C.A.B. - U.C.V. - U.S.B.**

**mendezn@camelot.rect.ucv.ve // avallota@cantv.net**

### **Resumen**

Retomando y actualizando la línea de trabajo presentada inicialmente por los autores en el libro **Bitácora de la Utopía** (2001), se exponen aquí los soportes teóricos y las propuestas centrales del socialismo libertario o anarquismo, filosofía y práctica social que renace en el mundo contemporáneo como fundamento para la utopía radical posible, poniendo de relieve su razonable vigencia ante las circunstancias socio-políticas de hoy, subsanando equívocos o malas interpretaciones sobre el tema, y haciendo particular énfasis en responder a dudas y objeciones que suelen surgir ante sus propuestas.

**Palabras clave:** socialismo libertario, anarquismo, cambio social, autogestión.

## **LIBERTARIAN SOCIALISM: A PROPOSAL FOR S. XXI**

### **Abstract**

Recapturing and upgrading the work line presented initially by the authors in the book **Bitácora de la Utopía** (2001), they expose the theoretical supports and the central proposals of the libertarian socialism or anarchism, philosophy and social practice that born again in the contemporary world as foundation for a possible radical utopia. It is put in relief their reasonable validity before today's socio-political circumstances, correcting misunderstandings or bad interpretations on the topic, and making particular emphasis in responding to doubts and objections that usually arise facing their proposals.

**Key words:** libertarian socialism, anarchism, social change, self-management.

## **Introducción**

El siglo XX fue pródigo respecto al socialismo. No solamente por la multitud de discusiones teóricas al respecto sino porque durante muchas décadas casi la mitad del mundo vivió bajo regímenes en alguna modalidad de socialismo, marxista en la URSS, maoísta en China, vietnamita, socialcristiano en Italia y Chile, socialdemócrata en Alemania y Venezuela, fidelista en Cuba, por citar algunos. De hecho, en Venezuela, durante los 40 años de la llamada democracia de Punto Fijo se vivió bajo alguna modalidad de socialismo, democrático o cristiano. La sola necesidad de hablar de un nuevo socialismo para el siglo XXI señala claramente que todas estas experiencias han resultado en fiasco estrepitoso, aunque de ellas algo positivo siempre puede obtenerse como es la de no repetir las. Basta para refrendar estos fracasos del socialismo real que mencionamos que el más poderoso régimen socialista del siglo XX, el socialismo marxista, simplemente se derrumbó en la ex – URSS.

En el siglo XX, el liberalismo capitalista privado, para muchos el gran enemigo del socialismo, ha cambiado y no es el que pintaba Marx, rumbo a un colapso que se anticipaba como inexorable e hasta inminente para muchos. Más aún, ha logrado sobrevivir y fortalecerse, debido quizás a los fracasos socialistas. El capitalismo de Estado, que es la modalidad más frecuente que ha adoptado el socialismo siguiendo la pauta marxista-leninista, ha mostrado incapacidad manifiesta en resolver los problemas de la gente, tanto en la URSS como en todo el resto del mundo. Por si fuera poco, en su saldo histórico quedan resultados horribles como la experiencia del Gulag soviético en tanto comparable al Holocausto nazi, las masacres del jemerismo camboyano que hacen ver mínimas a las atrocidades de Videla o Pinochet, y aunque el neoliberalismo se ha extendido con su secuela de miseria y hambre, en ningún otro país han muerto en un año casi 60 millones de personas de hambre como en la China comunista de Mao.

Las comunicaciones y la cultura se han globalizado, la técnica ha alcanzado niveles inimaginables hace un siglo: Poco más de medio siglo después de inventar el avión el hombre alcanzó la Luna y medio siglo después de descubrir los ácidos nucleares de la célula se develaba el código genético humano, por citar dos casos..Han cambiado las circunstancias, y para crear las bases a una sociedad libre e igualitaria es necesario cambiar las armas y el perfil de los actores porque quienes fracasaron ayer no creemos que tengan oportunidades hoy y menos las tendrán mañana. Si hay algo innegable es que los socialismos más promocionados, y que han llegado al poder, democrático, cristiano, leninista, maoísta, fidelista, o cualquier otro, si no han sido miopes han sido cómplices de los poderosos de siempre o se han ocupado de gestar nuevas oligarquías, pero ninguno de ellos ha logrado llevar a la gente a la tierra prometida.

Ninguno de esos socialismos pareciera que pudiera tomar el testigo de la lucha por auténticas reivindicaciones humanas sino el socialismo libertario, ese que Marx calificó de socialismo utópico. Como el socialismo libertario, o anarquismo, ha sido tradicionalmente una opción ignorada y cuantitativamente menor, excepto en algunos lugares y momentos (España, Argentina, Ucrania, Italia, en la primera mitad del siglo pasado), ahora muchos se sorprenden cuando descubren que el afán de libertad, la autogestión, el cooperativismo, la federalización, la descentralización, los derechos humanos, la defensa de las minorías, el rechazo a los privilegios, la igualdad y la solidaridad, la tolerancia, el rechazo al poder y la opresión, la educación como vía para la superación personal, la ayuda mutua en lugar de la competencia y enfrentamiento destructor, la armonía social y con la naturaleza, la hermandad entre todos los seres humanos, la conciencia activa frente a los problemas ecológicos y el redimensionamiento de las ciudades son banderas que el anarquismo ha portado desde hace decenas de años y por la que muchos de sus adherentes dieron la vida. Un socialismo que dio origen a tamañas propuestas, alimento de las luchas por el bienestar, pareciera que algo tiene que vale la pena ver.

Hoy estos hechos son una moneda corriente, pero no siempre se quiere reconocer que fueron los utópicos quienes vienen diciéndolo hace más de un siglo, mientras que los movimientos reales, capitalistas y socialistas, han desembocado en situaciones macabras y sus catástrofes impensables. Claro que el anarquismo es utópico pero lo es por la manera en que se para frente a la historia y frente a las necesidades de la gente, mirando al futuro y no queriendo ir al futuro mirando para atrás. Fue Proudhon el que estudió en su mayor detalle lo que hoy podemos considerar el fundamento de la autogestión en todas sus formas, Bakunin el que examinó las relaciones entre el individuo y sus ansias de libertad con el Estado defensor de los intereses de los poderosos, Kropotkin el que desarrolló las novedades que la ciencia y la técnica aportan, tanto a favor como en contra, fueron los anarquistas catalanes los que pusieron en práctica las formas más novedosas de organización socio-política del pasado siglo, fue Ricardo Mella el primero que puso en evidencia las debilidades de la democracia parlamentaria representativa, que roba a la gente su soberanía para depositarla en un grupo de gobernantes que a través del Estado dispone de todos los poderes de decisión para usarlos en su beneficio, aunque se autocalifique de Estado revolucionario. Vale aclarar que cuando decimos Estado nos referimos a un conjunto de instituciones, en particular las encargadas de la violencia y la coerción, gestionadas por su propio personal, enmarcadas dentro de un territorio delimitado, que monopoliza el establecimiento de normas para todos los habitantes dentro de su jurisdicción, así como el castigo por su incumplimiento. Esto tiene como consecuencia que la lucha política se haya reducido a la conquista de semejante estructura que es dueña y señora de vida, bienes y acciones de todos quienes bajo su dominio habitan. (Hall e Ikenberry, 1993)

La palabra anarquismo está plagada de una serie de sinónimos peyorativos: desorden, irracionalidad, espontaneísmo, excentricidad, etc. Fue para evitar esta carga emocional negativa que muchos anarquistas optaron por llamarse socialistas libertarios. Pero, si tiene una carga negativa, cabe preguntarse ¿Qué niega el anarquismo? ¿Es una pura negación? Ya vimos que los aportes que el socialismo libertario ha dado no pareciera que fuera puramente negación. Sucede que el anarquismo es una pulsión visceral por la justicia, por la libertad, por la igualdad, que lleva a oponerse a todas las formas que el poder ha mostrado que es capaz de inventar para consolidar modos de sumisión y dominio sobre los seres humanos. Esto es lo que niega, niega todas las formas de poder de uno sobre otros, niega al Estado que es la máxima expresión de ese poder, gran factotum de toda violencia, niega la representación porque el individuo autónomo puede hablar por sí mismo y los únicos que necesitan representantes son los niños, niega el orden que tiene por objeto el sometimiento, como el de las democracias liberales y mucho más los regímenes autoritarios, socialistas o dictaduras. Pero no niega el orden en sí mismo, porque todo sistema anarquista ha sido siempre una compleja y ordenada organización. Sólo que esa ha sido siempre una organización de abajo hacia arriba porque, como decía Proudhon, *Poned a San Vicente de Paul en el poder y se hará un dictador*. En el socialismo libertario hay un nuevo orden de organización, el único que permite albergar esperanzas para el siglo que comienza. Respecto de las otras opciones, cabe recordar la sentencia de Descartes, *es prudente desconfiar de quien nos ha engañado alguna vez*, y los otros socialismos lo han hecho más de una vez y durante largo tiempo. Los que se aferran a las viejas estructuras por ignorancia, porque se han beneficiado de ellas o esperan hacerlo o por todas estas razones juntas, siempre lo han de catalogar de desorden. Pero Sócrates fue acusado de desorden, los cínicos lo fueron, los cristianos en su momento lo fueron, los bárbaros lo fueron, los burgueses capitalistas lo fueron, los bolcheviques lo fueron y los anarquistas lo hemos sido siempre. Pero sin duda que es allí donde pareciera estar el comienzo del camino para el socialismo del siglo XXI, si es que la gente busca alguno.

### **Un camino por transitar...**

El socialismo libertario es probablemente la corriente política en torno a la cual ha habido más desinformación o equívocos a la hora de describirla. En lo esencial, es un ideal que preconiza la modificación radical de las actuales formas de organización social, que tanta injusticia, dolor, sufrimiento y miseria acarrear a la mayoría de las personas del mundo, buscando suprimir todas las formas de desigualdad y opresión vigentes, a las que considera responsables de esos males, sin por ello reducir un ápice de la libertad individual. Para lograrlo no propone ninguna receta preconcebida ni ofrece ningún plan ni figura milagrosa. El modo de alcanzarlo es el ejercicio pleno de la libertad de cada uno de

nosotros, en un plano de igualdad con todos los demás y anteponiendo la solidaridad a cualquier otro beneficio. Parece sencillo decirlo, y muchos son los que lo dicen, pero alcanzarlo implica una verdadera revolución no sólo en la sociedad sino en cada persona, pues milenios de dominación estatal y autoritaria han hecho perder la esperanza de su concreción y la autonomía que se requiere para concretarlo. Sin embargo no han logrado modificar la conjunción de elementos individuales y sociales que conforman al ser humano, que es donde en definitiva se apoyan los ideales anarquistas.

Se aprecia que esto no tiene nada que ver con adorar e instigar el caos, la muerte y la destrucción, como regularmente se identifica a la anarquía, al punto que la palabra aparece en los diccionarios como sinónimo de desorden, perturbación, confusión. Los anarquistas no van por ahí arrojando bombas a diestra y siniestra, ni les parece ninguna virtud agredir brutalmente a los demás en nombre del resentimiento social o individual, obedeciendo a un líder mesiánico o agitando la bandera de una ideología superior. Su búsqueda es menos estruendosa que la iluminada por la pólvora, pero a la vez es la única que sacude los cimientos de una estructura de dominación que, de tanto soportarla, parece natural, pero no lo es.

Visto su objetivo, no es accidental que la siniestra caricatura del terrorista ácrata esté tan difundida. El Estado y todo tipo de instituciones autoritarias, que han obtenido y obtienen sus prebendas de la desigualdad y de limitar la libertad de cada uno, utilizan cualquier medio a su disposición para presentar la anarquía como una orgía irracional de barullo y asesinato, mientras ellos se asumen como los defensores imprescindibles de la ley y el orden, condiciones para el progreso según la clásica receta positivista. Es lo que cabe esperar de los detentadores de poder, que ninguna supremacía tendrían si el anarquismo se impusiese. La historia muestra como en los últimos 150 años el socialismo libertario ha sido el movimiento que con mayor pasión y solidez argumentativa se ha opuesto a los privilegios de los poderosos y a la degradación de la condición humana de millones de personas derivada de esos privilegios, sin hacer la menor concesión amparada en alguna circunstancia particular ni disculpando de ninguna manera la más mínima debilidad a favor de cualquier estructura de autoridad jerárquica, cualquiera que sea el pretexto con que pretenda justificarse (Para una visión panorámica de su trayectoria histórica, ver "Historia del Anarquismo" en Ateneo Libertario Virtual, 2001).

En la necesidad de afianzar su dominio y la correspondiente sumisión para proseguir sus tropelías, el Estado, los medios masivos de difusión, la educación autoritaria y las diferentes religiones predicán de mil maneras, abierta o implícitamente, la obediencia acrítica porque es en ella en la que basan sus ventajas y provechos, ya que no puede haber dominio sin la correspondiente obediencia. En consecuencia, la

anarquía ha sido el único y real enemigo contra todo afán de poder y por ello, si es mencionada, se lo hace como sinónimo de destrucción causada por enajenados. En este enfrentamiento, la actitud de los defensores del poder se explica porque, para encumbrar la opresión y el privilegio, es necesario que la libertad y la igualdad, así como la autonomía que de ellas se deriva, se combatan por todos los medios. Precisamente la libertad y la igualdad son los pilares en los que se funda el anarquismo en todas partes y en todos los lugares, más allá de las múltiples variedades que presenta y de la riqueza de sus propuestas. Claro que en esto, así como no todo el que se proclama revolucionario o católico lo es, tampoco el nombre de anarquista que adjudican o se o apropian, se corresponde con quienes se adhieren al socialismo libertario. Pero esto, para los anarquistas, poca importancia tiene.

La imagen perversa que se le adosa al anarquismo es bastante añeja y emerge en la época de oro del movimiento socialista libertario – fines del S. XIX y primeras décadas de S. XX – por el obvio temor de los poderes autoritarios ante el avance de su más consecuente antagonista, y renace ahora, al principio del siglo XXI, cuando diversos signos anuncian el resurgimiento del ideal y las prácticas ácratas, orientando las posibles opciones de transformación del socialismo enfrentadas al orden dominador existente. Continúa siendo prioritario para los poderosos ocultar el sentido cierto de lo que el anarquismo es y se propone. Romper con esta mistificación interesadamente atribuida es necesario para quien quiera aproximarse con mente abierta y sin prejuicios a esta expresión de pensamiento y acción radical tan relevante ayer como hoy. El anarquismo es la única propuesta que exige lo que Ortega y Gasset reclamaba para todo pensar, la autonomía, que no es otra cosa que abandonar todo supuesto, prejuicio, opinión preconcebida, autoridad, revelación o vanguardias iluminadoras.

La necesidad impuesta de potestades opresoras está tan arraigada en la mente del ciudadano medio que la anarquía, cuyo significado podemos resumir en *falta de autoridad jerárquica*, resulta impensable para la mayoría de la gente. Curiosamente, son las mismas personas que admiten que los reglamentos, regulaciones, impuestos, intromisiones, limitaciones y abusos de poder (por nombrar algunos de los efectos de la acción gubernamental) que están obligados a soportar son irritantes, por decir lo menos. Pero sucede que a esa gente se la lleva a pensar que sólo queda aguantar en silencio porque la alternativa de falta de poder, de autoridad y todo el mundo haciendo su propia voluntad sería la anarquía a la que se asocia, falsa y arteramente, con el caos, la destrucción, el acabose. En cambio, *el anarquismo persigue la eliminación de cualquier punto de control privilegiado desde donde se gobierne, la desaparición de todo grupo que se asuma como poseedor de algún privilegio para usufructuarlo en beneficio propio sometiendo a los otros. Como alternativa frente a las diferentes formas de gobierno - como la*

*aristocracia, la teocracia, la democracia representativa, la dictadura del proletariado, la monarquía o la tiranía - sostiene la ausencia de gobierno o anarquía.*

¿Qué es el Anarquismo (también llamado Socialismo Libertario o Anarquía)? Es una filosofía social, centrada en un enfoque que concibe a la libertad e igualdad plenas - ejercidas en un marco de solidaridad - como condiciones indispensables para el progreso humano en lo individual y lo colectivo. Esta filosofía ha sido expresión ideológica y política asumida por diversos grupos sociales e individualidades en contextos socio-históricos de todo el planeta, particularmente desde mediados del S. XIX hasta la actualidad. (Méndez y Vallota, 2001. p. 14)

Por miles de años las colectividades humanas vivieron y prosperaron sin Estado ni estructuras de poder jerárquico, como bien lo han confirmado la Historia y la Antropología contemporáneas, al destruir con abundancia de pruebas el mito de que la aparición de las estructuras estatales mejoró las condiciones de vida de las sociedades donde tal hecho ocurrió, lo que ha sido demostrado convincentemente en los trabajos de autores como el antropólogo norteamericano Marvin Harris (1997). Puede que en algún momento de la evolución cultural haya tenido alguna utilidad frente a anteriores modelos de organización de la vida colectiva, como el mando supremo de un individuo poderoso, pero sin duda hoy las desventajas superan con creces las ventajas. Desde el punto de vista teórico, es válido concebir una variedad ilimitada de sociedades posibles sin instituciones de poder autoritario, y no todas ellas serían desagradables. ¡Por el contrario! Cualquier tipo de sociedad anarquista nos ahorraría las terribles distorsiones que generan las estructuras de poder y el Estado, que es su expresión más alta. Lo aparentemente negativo del anarquismo, es decir, la abolición del Estado y de toda forma de poder opresor institucionalizado, se verá equilibrado por lo que viene en su lugar: una sociedad libre y de libre cooperación.

Hay diversas corrientes en el socialismo libertario (de las cuales se encuentra una descripción precisa en [http://spa.anarchopedia.org/Escuelas\\_anarquistas](http://spa.anarchopedia.org/Escuelas_anarquistas)) con ideas diferentes respecto a la organización de una nueva sociedad y cómo llegar a ella. Todas tienen en común la defensa de que la felicidad individual sólo se alcanza con la felicidad colectiva, que el bien propio sólo se realiza si se funda en el bien de todos, que la libertad personal se extiende con la libertad del otro, que los intereses personales no son incompatibles con los intereses de los demás, que el bienestar de cada uno depende del bienestar de las otras personas, que alcanzar los logros que nos proponemos como individuos depende de que los demás y el conjunto también los alcance. Por lo tanto, todas sostienen firmemente que el Estado y las actuales organizaciones dominadoras, que partiendo de una igualdad formal promueven una desigualdad de hecho, deben ser sustituidas por una sociedad sin clases y sin la violencia, directa o encubierta, que hace posible institucionalizar esas diferencias.

Es precisamente debido a su creencia en la libertad con igualdad que el anarquismo se niega a establecer pautas dogmáticas de lo que debe ser y por eso hay tantas variantes que puedan adoptarse. Sólo ofrece modelos posibles que se apoyan en el quehacer del día a día, en el aporte siempre renovado de los miembros del colectivo que responsablemente toman el destino de sus vidas, y las de los otros, en sus manos. De hecho, la organización social anarquista ha existido históricamente en muchos lugares y épocas en el mundo. En el período contemporáneo sucedió en Ucrania en 1919 (Volin, 1977) y en España en 1936 (Peirats, 1976) y en ambos casos hicieron falta feroces represiones y guerras para liquidar esas experiencias, a las que todavía hoy nadie puede negar los éxitos sociales que alcanzaron.

La ausencia de moldes obligatorios ocurre porque el anarquismo rechaza la existencia de un principio único, atemporal, suprahistórico, revelado por algún dios, o ser privilegiado, que ordena y manda sin apelación. Este es el origen etimológico del término anarquía, (**an**=sin, **arje**=principio). Es errado interpretarlo como que en cada momento y lugar no haya buenas y malas conductas y actitudes. Lo que busca es que la gente de hoy, con el aporte de las experiencias pasadas, de la historia, pueda tomar sus decisiones y edificar su propio futuro desde un presente dinámico, siempre en renovación. Sólo las personas libres, en diálogo igualitario con todas las personas que son y han sido, podrán construir el camino para alcanzar su *bien-estar* personal y colectiva. Un *bien-estar* que, por otra parte, nunca será perfecto porque la humanidad vive esencialmente en devenir, siempre cambiante, con nuevas metas que presentan nuevos problemas que exigen nuevas soluciones, lo que compromete en un esfuerzo constante por crear la vida en colectivo. Para concluir este punto, no puede dejar de indicarse que por encarnizada que haya sido en el pasado y sea en la actualidad la polémica interna dentro del movimiento ácrata, *a nadie le cabe atribuirse el monopolio de la «verdad anarquista», pues semejante pretensión dogmática es absolutamente ajena a la esencia del ideal ácrata.*

### **Lo básico del Socialismo Libertario**

Muy poca gente parece entender el anarquismo pese a que parte de una idea muy sencilla y clara. Básicamente su mensaje es *dirigir nuestras vidas en lugar de que nos manipulen* y hacerlo en armonía con los demás. Fue un movimiento que en el pasado alcanzó su mayor fuerza entre los trabajadores, pero que han incorporado también otros oprimidos y explotados en tanto aspiren a liberarse sin dominar o tomar revancha sometiendo a su vez a otros grupos.

No hay nada especialmente complicado ni violento en el socialismo libertario excepto que algo tan elemental como la idea de llamar a cada quien a dirigir la propia vida se transforma en una conducta



subversiva puesto que impide, precisamente, la manipulación por los otros, o por alguno de los otros. De ahí las ridículas objeciones que se le oponen, como *imagínate el desbarajuste que habría si todo el mundo hiciera lo que quisiera*. Para el anarquismo, la fuente de las divisiones sociales está en el Estado, que es la causa que impide vivir una vida plenamente humana, precisamente por la opresión que la concentración de poder político y económico nos someten. ¿Acaso ahora mismo no vivimos en el caos? Millones de personas carecen de ocupación digna, mientras otras están sobrecargadas de trabajo; se labora en empleos por demás repetitivos y rutinarios, muchas veces perniciosos para nosotros, para los demás o para el medio ambiente, que sólo brindan beneficios a un pequeño grupo frente a la indiferencia de una gran mayoría. Esto, que sucede en todo tipo de régimen estatal, cualquiera que sea el ropaje con que se lo cubra ¿No es desordenado e irracional? Y esta universalidad nos lleva a la impotencia, ya que pareciera que nada se puede hacer al respecto. Hay gente que muere de hambre a la vez que se arroja comida al mar o se almacena hasta pudrirse para mantener los precios; malgastamos recursos y contaminamos el aire para que circulen automóviles demasiadas veces ocupados por una sola persona, pues así se beneficia a los dueños de la industria y a los productores del petróleo; el planeta entero está en serio peligro por la destrucción de su atmósfera, que parece inevitable porque protegerla afecta a los intereses de unos pocos; se sacrifica la satisfacción de necesidades primarias a favor de beneficios superfluos o de propaganda que favorecen a los que detentan el poder. La lista de locuras, de situaciones absurdas en la sociedad actual es interminable, generadas precisamente por aquellos que critican al anarquismo como fuente de desorden. ¡Y además se nos pide sacrificar nuestra libertad para promover este desastre cotidiano!

Los supuestos beneficios recibidos a cambio de la existencia del Estado son, en esencia, ilusorios, cuando no dañinos. El cuidado de la salud, la educación, la protección policial, son servicios que funcionan pobremente, pero que sirven para hacernos dependientes del Estado y, lo peor de todo, nos compran por muy poco. Frenan la propia iniciativa de crear una seguridad social autogestionada y enfocada hacia nuestras necesidades, no hacia lo que desde el poder se define como asistencia sanitaria, que siempre deriva en herramienta de sometimiento y que debe agradecerse como regalo generoso. A su vez, la seguridad social, que pagan los asalariados, genera una disponibilidad de dinero de las más importantes en el capitalismo moderno, que se utiliza para explotar a esos mismos trabajadores. El Estado impide que podamos encauzar la educación de nuestros hijos sin someterlos a los designios de los amos de turno, como en Venezuela donde la injerencia castrense en el gobierno impuso una odiosa instrucción premilitar en la educación, lo mismo que sucede en otras latitudes con temas religiosos o con ideologías políticas. En todas partes, los policías más que proteger de los delincuentes son sicarios que vigilan y controlan a la población y muchos ejércitos en países subdesarrollados son fuerzas de ocupación. Cualquier obra que se

realiza con dineros públicos se paga muy cara porque, en los costos, se incluyen los enormes sobrepuestos que demanda la corrupción. Y así todo.

El anarquismo es ácrata, no apoya la democracia y mucho menos la democracia representativa. La ácracia es la ausencia de un gobierno central que asuma el poder. Toda delegación de poder lleva sin falta a la generación de un dominio por parte de los delegados sobre los que delegan. Por ello no acepta la democracia representativa, porque más temprano que tarde los representantes se desprenden de los intereses de sus representados y sólo persiguen su propia conveniencia. Esto es natural, ya que un pequeño grupo de personas, aunque sean elegidos, no puede materialmente decidir sobre todas las cuestiones que hacen a la vida de una sociedad durante un lapso que, mínimo y en el mejor de los casos, dura 5 ó 6 años. Mucho menos cuando el gobierno está en manos de 4 ó 5 personas, o una sola, que decide con omnipotencia y omnisapiencia sobre cualquier asunto.

La autoridad institucionalizada, por su propia naturaleza, sólo puede interferir e imponer cosas en su beneficio. En este sentido, aún pensadores no anarquistas coinciden en que la fuerza de un Estado radica en el peso que la burocracia tiene sobre sus gobernados y es ocioso referirnos a la manera en que el aparato gubernamental, con sus controles, trámites y el requerimiento continuo de permisos y autorizaciones, nos hace la vida miserable con sus contradicciones, exigencias y esterilidad, terminando por transformarnos en siervos que para todo debemos pedir anuencia. Pero claro es que la burocracia sirve también para repartir cargos, favores, contratos, comprar voluntades, siendo por tanto un arma eficiente de desmovilización social en manos de los dueños del Estado, sea capitalista o socialista.

En Latinoamérica apreciamos con toda su crudeza lo que en otras regiones se presenta con menos vigor, más disimulo o mejor propaganda, como es la estrecha relación entre poder económico y poder político. Pese a la tan cacareada libertad de mercados, ningún empresario tiene posibilidad de prosperar si no cuenta con el apoyo gubernamental en lo legislativo, judicial, financiero, o de control social. Por su parte, nadie puede aspirar a asumir la batuta del gobierno sin el soporte de grandes capitales para la subvención de sus pretensiones. En esa situación, el habitante común apenas es un títere al que se sacude cuando hay que avalar con votos, cada 5 ó 6 años, este círculo realmente vicioso. En cambio, gobierno y dueños de la economía deciden día a día la marcha de los asuntos que incumben a todos pero benefician a unos pocos.

Es un principio básico del anarquismo que las personas directamente afectadas son las más indicadas para resolver los asuntos que conciernen a su comunidad, siempre mejor que lo que pueden hacerlo burócratas ávidos de poder o inversionistas ansiosos de rentabilidad. Seguro que los pobladores de un sector urbano

pueden imaginarse alguna forma de uso del espacio que impida la destrucción de sus hogares y áreas verdes para construir edificios de oficinas, autopistas o centros comerciales; o que los padres pueden idear junto a sus hijos y los maestros una mejor educación que la recibida del Estado, de los mercaderes escolares privados, de la Iglesia o de cualquier otra ideología con pretensiones de dominación; o que una asociación vecinal autónoma y bien arraigada puede planear la seguridad local con mayor eficiencia que cualquier policía institucionalizada.

### **Definiciones fundamentales del anarquismo**

- \* Justificación de la utopía racional y posible de un orden social autogestionario, con democracia directa, sin burocracia autoritaria ni jerarquías permanentes.
- \* Cuestionamiento radical al Estado, por ser la expresión máxima de concentración autoritaria del poder; crítica a la delegación de poder en instituciones fijas y sobre-impuestas a la sociedad.
- \* Llamada a un cambio revolucionario - producto de la acción directa consciente y organizada de las mayorías – que conduzca a la desaparición inmediata del Estado, reemplazado por una organización social federal de base local.
- \* Defensa del internacionalismo y rechazo al concepto de “patria”, en tanto se ligue a la justificación del Estado-nación. (Méndez y Vallota, 2001. p.21)

*Todo el caos, según el socialismo libertario, deriva de la autoridad opresora y del Estado. Sin clases dirigentes, y su imperativo de mantenernos sometidos, no habría Estado. Sin Estado nos encontraríamos en situación de organizarnos libremente según nuestros propios fines. Ello difícilmente daría base a una sociedad tan absurda como ésta en que nos toca vivir, pues la libre organización resultaría en una sociedad mucho más tranquila y armónica que la actual, cuyo mayor interés es el despojo sistemático, la infelicidad y el exterminio temprano o tardío de la mayoría de sus miembros.*

Se corrobora lo que decimos en el informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo / PNUD (2007), documento que pese a su oficioso credo en los progresos alcanzados en los últimos decenios da a conocer datos significativos correspondientes al año 2004, como por ejemplo que 40% de la población mundial (más de dos millardos de personas) debe arreglárselas para subsistir con menos de 2 dólares USA diarios, siendo su ingreso total equivalente a apenas el 5% de los ingresos mundiales anuales; o que las 500 personas mas ricas del planeta suman anualmente -sin tomar en cuenta su previa riqueza en activos- ingresos mayores que los 416 millones más pobres; o que de 2003 a 2008 los activos financieros de los 7,7 millones de «individuos de alta riqueza neta» se estima crecerán de 28 a 41 billones de dólares. Estos hechos, y otros similares llevan a concluir que: “La acumulación de riqueza en el nivel más alto de distribución mundial de ingresos ha sido más impactante que la reducción de la pobreza en el nivel más bajo” (PNUD, 2007. p. 269). Estas gravísimas desigualdades resultan de un

planeta cuyo régimen socio-político es mayoritariamente estatal y no ha logrado revertirse ni modificarse a pesar de todos los modelos de Estado que se han ensayado en el siglo XX.

Los no tan fríos números, porque generan en las personas sensibles un incontenible sentimiento de indignación, llevan a una conclusión inexorable: la brecha creciente entre ricos y pobres es tan enorme que podemos afirmar, por brutal que esto parezca, que un alto porcentaje de la población mundial queda excluida de toda posibilidad no ya de bienestar sino de sobrevivir, y en ese grupo están la mayoría de los latinoamericanos. No hay duda que, como diría el Hamlet de Shakespeare, *algo está podrido* pero no sólo en Dinamarca, sino en el mundo entero. Suponer que tal situación puede empeorar porque la gente tome el control de sus asuntos en sus manos es una afirmación sin fundamento, en especial cuando todas las otras opciones han fracasado.

### **Aclarando dudas, respondiendo objeciones**

Una descalificación típica entre quienes tienen algún conocimiento de los principios libertarios, es sostener que el anarquismo es una bella quimera intelectual, una idea hermosa, pero impracticable, adoptando así una posición realista, práctica, que juzga el debe ser desde lo que es, lo que ya Hume (1977) señaló como una crítica inadecuada. Pero la descalificación es curiosa en otro sentido, porque el movimiento ácrata no surgió de teóricos encerrados en torres de marfil sino directamente de la lucha por la supervivencia de gente oprimida común y corriente, y tiene un largo recorrido histórico que lo prueba. La anarquía siempre ha sido intensamente práctica en sus pretensiones y en su forma de hacer las cosas, como lo ha mostrado en las ocasiones en que logró alcanzar algún éxito, a veces con preponderancia, a veces parcialmente. Más aún, el carácter del socialismo libertario se mantiene igual y, entre los anarquistas, las opiniones valen por sí y no por la jerarquía, cargo, poder del que las emite. Por eso, la libertad para opinar, para determinar fines y medios, los términos igualitarios en que su voz es considerada, la autonomía de su pensamiento, impone a todos y cada uno de los anarquistas la responsabilidad intelectual y moral de las ideas que sustentan y someten a la discusión en el seno de un colectivo.

No entraremos aquí en un detallado análisis de tal objeción, pero basta asomar algo: si en verdad el anarquismo fuera tan inviable, ¿Por qué tanto empeño por parte del Estado, representante máximo de las fuerzas opresoras, sea pseudo-demócrata liberal, fascista, comunista o religioso, en destruirlo?, ¿por qué tanto esfuerzo especulativo de sus adversarios del pasado y el presente para refutar un ideal que se supone absurdo de principio a fin? Ningún integrante de los grupos que se han mostrado tan eficientes en dominar voluntades gastaría esfuerzo luchando por siglos contra un enemigo cuyas propuestas no tuvieran

posibilidad de materializarse. Pero sucede que, en las oportunidades que se concretaron sociedades anarquistas, quedó bien expuesto que el anarquismo desarrolla, y exitosamente, lo que su voz anuncia, libertad, igualdad y solidaridad, aún cuando se esté en las peores condiciones materiales.

Cuando se plantea la autogestión y el autogobierno, suprimiendo las actuales estructuras de poder simbolizadas y llevadas a su más alto grado en el Estado, surgen innumerables preguntas referidas a la manera en que se podría organizar una sociedad sin ese *ogro filantrópico* al que tan acostumbrados estamos. ¿Cómo es posible vivir sin el orden que el Estado impone? Reiteremos que anarquismo no significa caos o desorden, ausencia de organización. En cambio quiere decir que el orden debe surgir de las exigencias de la vida misma, de los imperativos que impone así como de los deseos y esperanzas de cada uno y del colectivo que integramos. De ninguna manera debemos aceptar como única posibilidad una organización impuesta por fuerzas exteriores a la sociedad toda, o que ambicionan fines sectoriales, parciales, como los intereses de un grupo particular (religioso, racial, militar, político o económico), la persecución del lucro o el afán de poder de algunos individuos o grupos de individuos. El socialismo libertario tiene bien claro que la libertad no es hija del desorden, sino madre del orden.

En consecuencia, al mismo tiempo que rechaza al poder, el anarquismo reconoce la autoridad derivada de las peculiares habilidades de cada uno. El habitante común de la ciudad es inferior al campesino en el conocimiento de la agricultura, así como el enfermo tampoco supera al saber del médico en su especialidad, ni el empleado de comercio al ingeniero civil en el diseño de un puente. Pero esta autoridad es siempre restringida, limitada, ya que tanto puede entender el médico de enfermedades como ignorar de la siembra lo que sabe el campesino por lo que, fundado en un saber particular nadie puede pretender un dominio total sobre todos los otros miembros de la sociedad, ni aspirar a una posición de privilegio permanente. Precisamente el Estado, como poder total, ajeno a las cualidades de sus integrantes y a las necesidades puntuales que pudieran satisfacer, es el que consolida los privilegios de unos sobre otros independientemente de méritos y necesidades.

En la vida cotidiana hay muchos ejemplos de que la organización es perfectamente compatible con la ausencia de un poder central que someta a los demás, como sucede con el Estado. ¿No se organizan acaso las líneas aéreas, o de trenes, o marítimas, en viajes multinacionales, sin que ninguna de ellas pierda su autonomía y sin necesidad de que haya una de ellas que domine a todas las otras? Basta para conseguirlo la coordinación de entes autónomos en pro del beneficio de todos, cediendo las instalaciones, servicios, etc., de una en beneficio de otra a cambio de similares beneficios que recibe de ella, y así entre todas. Si lo

pueden lograr enormes empresas lanzadas a feroces competencias de mercado y que sólo persiguen las ganancias, bien lo pueden hacer otras instituciones, y con más razón los individuos, que tienen una gama más amplia de intereses comunes y son naturalmente sociables.

¿Tienen los anarquistas algún sistema económico que impulsan? En esto, como en tantas otras cuestiones, el anarquismo no defiende ningún modelo en particular, sino que aspira a que los miembros de un colectivo, en forma libre, seleccionen la organización económica que más los favorece en vista de sus intereses particulares y colectivos. Pero, viendo la historia del movimiento ácrata, no es casualidad que se haya asumido ampliamente la identificación como socialismo libertario, pues siempre han llamado la atención de los anarquistas el mutualismo, el colectivismo y hasta formas del comunismo.

El mutualismo niega la propiedad pero acepta la posesión de uso, incluso la personal, partiendo de que la posesión surge del trabajo. La base del intercambio está en la asociación de consumidores y productores, con un precio derivado del costo de producción y suprimiendo el lucro. El colectivismo tiene como lema *De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus méritos*. Sostiene la propiedad colectiva de los instrumentos de producción, pero el fruto del trabajo debe distribuirse en proporción al trabajo y a su calidad, con lo que se mantiene un tipo diferenciado de salarios. El comunismo anarquista tiene como lema *De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades*, con lo que se suprime el salario diferencial, los medios de producción son comunes y la distribución se hace en función de las necesidades. A estas tendencias ha querido sumarse en años recientes una corriente anarco-capitalista, difundida particularmente en Estados Unidos, enemiga del poder estatal en tanto defensora a ultranza de la libre empresa y el mercado. La pretensión de asumirse como anarquista suele ser objetada por las demás corrientes, en especial por las diferencias que existen entre el modo en que vive la mayoría de los habitantes de la mayor potencia contemporánea y las desventajas que el mercado capitalista acarrea en los países donde ejerce su expoliación a plenitud. Para más precisiones en la crítica socialista libertaria al anarco-capitalismo o libertarianismo, véase la opinión de Noam Chomsky (1993).

Esta breve presentación es suficiente para dejar entrever que las discusiones entre los anarquistas acerca de las ventajas de estos modelos económicos, y de otros posibles, son parte importante de lo imaginable de para nueva sociedad, en cuya construcción no hay prejuicios acerca de la manera en que puede organizarse sino que se debe debatir libre y colectivamente las posibles soluciones, calibrando ventajas y desventajas, sin respuestas preconcebidas ni originadas desde un saber autoproclamado como superior.

A menudo surge la pregunta de cómo una sociedad libertaria trataría a los delincuentes violentos. ¿Quién los pararía sin un Estado que esté a cargo del control policial? Comencemos apuntando que una parte de los asesinatos y otros crímenes violentos son originados en desordenes mentales o pasiones individuales extremas, por lo que ni la policía ni nadie los puede prevenir. Es factible esperar, sin embargo, que en una sociedad menos frustrante y que se ordene con más cordura no habrá tantos delitos de este tipo, como se puede constatar estudiando lo sucedido en modelos de organización no estatal. Los demás asesinatos, y la mayor parte de las otras ofensas, derivan de la existencia de propiedad privada en gran escala por lo que, si la forma dominante de propiedad fuese la colectiva, con muchas menos disparidades económicas, desaparecería un motivo importante de la delincuencia contra personas y bienes. La historia muestra que los grandes ciclos de aumento de criminalidad se producen en situaciones de grandes desigualdades socio-económicas, mientras que la violencia y los asaltos disminuyen en épocas de una distribución más igualitaria de la riqueza. Resulta gracioso escuchar a los dirigentes de gobiernos latinoamericanos buscando asesoramiento policial en el Norte para la lucha contra la delincuencia cuando, en Canadá por ejemplo, no hay casi desocupación y el salario mínimo es 6 veces mayor que el de Venezuela, país donde la mitad de la fuerza laboral está desempleada o en ocupación precaria, sin protección social de ningún tipo, y con una de las distribuciones de riqueza más desiguales del planeta, a pesar de vivir en revolución autoproclamada socialista hace casi 10 años. Es fácil entonces imaginar las razones por las que en el 3er. Mundo se vive una situación de auge de los delitos contra las personas y, en su gran mayoría, contra la población de menores recursos, aunque sean los crímenes contra los poderosos los que recoge la prensa. Se trata de la lógica consecuencia de la acción del poder que exprime hasta un grado máximo la capacidad de la gente de soportar la injusticia. Finalmente, un elemento determinante en la disminución del delito es la educación, especialmente en una sociedad que haga de la libertad, la igualdad y la solidaridad el verdadero centro de la vida individual y colectiva, haciendo de la colaboración de cada uno en la vida colectiva autogestionaria un hecho natural, participativo y autónomo. Algo que muy difícil de alcanza mientras haya un Estado que se funda, precisamente, en la no participación y en la delegación de poderes.

Por supuesto que las comunidades necesitan algún medio para tratar a aquellos individuos que perjudiquen a los demás. En lugar de varios miles de policías profesionales, la mejor solución es a través de la organización comunal de la protección mutua. Quienes gobiernan proclaman que las fuerzas de seguridad (oficiales y privadas) existen para defendernos a los unos de los otros, cuando sabemos que en realidad sólo les interesa que puedan protegerlos a ellos, a su propiedad y a su poder sobre nosotros. Además, son instituciones condicionadas para responder a la violencia con más violencia, con lo que se genera un círculo vicioso que sólo beneficia al Estado policial y a los delincuentes, que juntos se hacen así dueños de

las ciudades. Por otra parte, ya son numerosos los intentos de asumir la protección independientemente de la policía, y sobre ellos los agentes del Estado ejercen fuertes presiones para controlarlos y evitar que la población tome conciencia de que no necesita uniformados para salvaguardar sus vidas e intereses.

Las cárceles son un fracaso a la hora de mejorar, reformar o disuadir a los infractores y operan solamente en el aspecto que mejor sabe hacer el Estado, reprimir. Los vecinos de una comunidad, conociendo las circunstancias personales de cada cual, aportarían soluciones mejores y más adecuadas tanto para la víctima como para el acusado. Por otra parte, el actual sistema penal es uno de los principales responsables de la promoción del comportamiento delictivo. Los reos que cumplen una condena más o menos larga, a menudo se convierten en seres inadaptados para la convivencia fuera de las rejas. ¿Cómo puede imaginarse que encerrar a una persona, a cargo de otras de un carácter tan antisocial como ella misma (pues así suelen ser los carceleros), va a desarrollar un modelo de comportamiento responsable y sensato? ¿Cómo pensar que se logrará ese comportamiento tras pasar por el infierno de las prisiones en Venezuela o tantos otros países? Naturalmente, ocurre todo lo contrario y la mayoría de los presos reinciden y con un grado mayor de agresividad.

Pero aún así, puede que nos encontremos con individuos que cometan delitos en la sociedad libertaria, individuos que pese a que se extremen las medidas de rehabilitación, sea imposible reincorporarlos a la sociedad. En tales casos, de una sociopatía manifiesta e insuperable, la sociedad tiene el derecho a protegerse expulsando al individuo de su seno, no por venganza o castigo, sino como reconocimiento a una relación sin posibilidades, que de mantenerse pone en peligro a los demás integrantes. Esto quizás sea considerado un castigo que despierta sonrisas, pero queremos mencionar un par de casos para mostrar su fuerza. Entre los griegos del período clásico, el exilio de la propia comunidad era considerado la peor pena y Sócrates, condenado y ante la opción, prefirió la muerte. Por otra parte, sabemos que si alguien es sancionado por incumplir los pagos de una tarjeta de crédito o librar un cheque sin fondo, el inculcado pierde la posibilidad de utilizar ese medio de pago tan usado hoy en día, puesto que ninguna otra institución le abre crédito o le permite operar con cuentas, por lo que se cuida de hacerlo regularmente. No es pequeña pena ser exilado, y mucho menos si se es en forma ignominiosa, sea de donde sea. La única condición que requiere es la obligación de todos en cumplirla sin excusas, por lo que, para ser efectiva, requiere un cambio tanto en los que castigan como en los castigados. Más consideraciones sobre los puntos de vista libertarios referidos a penalización y criminalidad se encontrarán en Cruz Negra Anarquista Venezuela (2007) y en Círculo Oculto y otros (2007)-.



Otra de las preguntas con las que se ha tenido que enfrentar el anarquismo durante años es: ¿Quién haría todo el trabajo sucio, el trabajo duro que nadie quiere hacer? También se plantea la duda de ¿qué pasaría con aquél que se negara a trabajar? Para responder debemos tener claro que las personas necesitan trabajar, precisan hacer algo. La gente tiene una verdadera urgencia creativa que se expresa en realizar alguna labor. Basta atender a lo mal que nos sentimos cuando no tenemos trabajo o fijarse como nos pasamos horas arreglando un automóvil, cuidando un jardín, confeccionando una prenda de vestir, haciendo música. Todas estas tareas pueden ser muy entretenidas, sólo que a menudo se las considera aficiones más que auténticas actividades laborales. El punto está en que nos han enseñado a calificar el trabajo como tormento que es irremediable aguantar, pues lo hemos desligado de la satisfacción de necesidades reales para convertirlo en un medio de enriquecimiento de los capitalistas y dominadores.

En la sociedad actual el trabajo es efectivamente un tormento, y lo rechazamos porque está estrechamente relacionado con un sentimiento de injusticia y explotación. En tales condiciones el trabajo es poco gratificante, pero no toda labor lo es como pretenden inculcarnos y así impedir que podamos ser libres para elegir incluso aquello que nos es más propio, nuestro oficio. No se trata de que seamos holgazanes por naturaleza sino que aborrecemos que nos traten como si fuéramos máquinas, obligados a hacer una labor en su mayor parte desprovista de cualquier relación con lo que somos, o con la satisfacción de alguna necesidad colectiva, sin justas evaluaciones y para satisfacer intereses económicos ajenos. El trabajo no tiene por qué ser así y, si estuviera administrado por la gente que lo desempeña, desde luego no lo sería. Fácil es ver que en una sociedad libre nunca van a faltar voluntarios para hacer un tipo de tarea u otro, en especial si esta diferencia de ocupaciones no se acompaña de una impertinente jerarquización de ingresos o de valoración social. Por supuesto hay faenas desagradables que es necesario ejecutar, y hay pocas formas de hacer que la recolección de basura sea una actividad divertida. Pero estos problemas no son tantos ni son tan graves y, en última instancia, una comunidad puede resolver el punto conviniendo en que todos sus miembros compartan lo que es una labor ingrata o con alguna otra solución equitativa, especialmente cuando hoy existe cada vez más disponibilidad técnica para resolver estas dificultades. Sin contar que la diversidad humana hace que lo que parece desagradable a uno, no lo sea para otro.

Cuestión importante es señalar al desempleo como un problema creado por el capitalismo. En un mundo más justo no existiría. Si hubiera un exceso de mano de obra, en especial gracias al desarrollo tecnológico, la solución no es la actual en que algunos trabajan mucho y otros nada, favoreciendo así la disminución del salario. En una sociedad en la que el trabajo es el modo de generación de riqueza, lo más conveniente es que todos trabajen, pero que trabajen menos horas haciendo posible que se disfruten con equidad los

beneficios. Si nos deshiciéramos de la explotadora clase dominante y su inflexible apremio por aumentar la rentabilidad de sus inversiones, nos libraríamos de la mayor parte de la presión económica que impone a algunos largas jornadas con bajas retribuciones, mientras lleva a otros a la desocupación. En el sistema vigente, esto es grave para los dominados porque el trabajo es hoy el mecanismo, muchas veces arbitrario e injusto, de distribución de bienes, por lo que hay millones de desocupados que nada reciben. Quizás haya en el mundo países con seguros de desempleo que aplacan el problema, pero en Latinoamérica brillan por su ausencia o son un chiste irónico, por lo que desocupación es sinónimo de miseria.

Si en última instancia hubiera quien se resistiese por todos los medios a integrarse mediante su trabajo o actividad al conjunto de ocupaciones requeridas por una sociedad libertaria, debería plantearse seriamente su interés en mantenerse en ese colectivo por lo que, por mutuo acuerdo o en todo caso unilateralmente, la comunidad puede excluirlo de su seno. Pero, una vez más, es imposible que alguien quiera permanecer sin hacer nunca absolutamente nada, agregando que, debido al desarrollo de la técnica, cada vez hay menos tareas obligatorias y desagradables por hacer. Finalicemos la discusión sobre el enfoque anarquista del trabajo remitiendo a los lectores a dos ensayos provocativos: “La Abolición del Trabajo”, de Bob Black (2007) y “La Técnica y el Desafío del Siglo XXI”, de A. Vallota (2004).

Otra objeción típica es: *bueno, eso a lo mejor opera a pequeña escala, en un atrasado pueblo rural, pero ¿cómo puede funcionar una sociedad compleja sin necesidad de jerarquías permanentes?* En primer lugar el anarquismo entiende que la sociedad necesita ser dividida en núcleos menores que los actuales, siempre que sea posible, para que los conglomerados adquieran una dimensión más humana y puedan ser dirigidos directamente por la misma gente que los integra. Hoy en día, la teoría de la organización empresarial del capitalismo reconoce lo que siempre ha sido un principio básico del anarquismo: que los grupos pequeños trabajan juntos de forma más eficaz y son capaces de coordinarse mejor con otros conjuntos laborales parecidos, mientras que las agrupaciones informes y de gran tamaño son comparativamente más torpes en su desempeño y les resulta más difícil acoplarse con el entorno. Dentro de este mismo punto es interesante señalar que recientemente las famosas economías de escala cuestionan las fábricas que cubren enormes superficies y con capacidad de producir volúmenes gigantescos. Llega un cierto tamaño en que las industrias, las explotaciones agropecuarias, las instituciones de servicio, las educativas, los sistemas administrativos y demás, pierden eficacia a medida que se hacen más grandes, así como sucede si son muy pequeñas. Por otra parte, a todos es palpable, especialmente en Latinoamérica, la inhumanidad que encierra la vida en grandes conglomerados de gente, con malos servicios, habitaciones deleznales, muchas veces en situaciones que nada tienen que envidiar a cárceles y campos de concentración. Si en

algún momento histórico tal agrupamiento fue necesario, por una u otra razón, en la situación tecnológica y comunicacional de hoy no tiene ya sentido.

Puede ocurrir que para proyectos de envergadura, puntuales, específicos y de interés común, sea necesaria la unión de varias comunidades, pero esto no es un problema irresoluble ni su existencia justifica un poder central permanente como el Estado. De hecho la clase trabajadora de España encontró soluciones de este tipo para grandes problemas en la década de 1930. Así, la Compañía de Autobuses de Barcelona al par que doblaba sus servicios, contribuyó con el Colectivo de Entretenimiento Ciudadano (actividades recreativas) y produjo armas para el frente en los talleres de autobuses. Todo esto se consiguió con un número de trabajadores bastante reducido, ya que muchos se habían ido al campo de batalla para combatir el fascismo. Este increíble aumento de la eficiencia, a pesar de la guerra y de la escasez de materiales, no es tan sorprendente después de todo, porque ¿quién puede dirigir una compañía de autobuses de la forma más idónea, con el menor esfuerzo y el más alto rendimiento? Obviamente sus trabajadores y nadie mejor que ellos para coordinar con otros trabajadores la solución de problemas compartidos, cuando a ninguno mueve el afán de explotar a los demás en beneficio propio.

Para extendernos en este caso ilustrativo, puntualicemos que todos los trabajadores de Barcelona estaban organizados por sindicatos -formados por quienes laboraban en el mismo ramo- subdivididos en grupos de tarea. Cada grupo tomaba sus propias decisiones en lo referente al trabajo día a día y nombraba a un delegado que representaba sus puntos de vista en temas más generales concernientes a toda la fábrica o incluso a toda la región. Estos representantes eran voceros de las decisiones tomadas en asamblea por todos los compañeros y el cargo se turnaba con frecuencia. Los delegados podían ser sustituidos inmediatamente en caso de que incumplieran el cometido de ser meros portavoces de la asamblea (es el Principio de Revocabilidad). Los delegados eran actores que sólo podían decir los parlamentos que los autores de la obra, la asamblea de trabajadores, escribieron para ellos, sin apropiarse la función de componer sus propias líneas, como sucede en la ilusoria «democracia representativa» de nuestros días. Añadiendo más niveles de delegación es posible alcanzar una actividad a gran escala sin abandonar la libertad de trabajar en la línea que cada individuo elija. A quien le interese saber más de las experiencias de organización autogestionaria que promovieron los socialistas libertarios en la Revolución Española de 1936, puede buscar en la extensa bibliografía sobre ese punto, donde destacaremos como particularmente completos los volúmenes de Franz Mintz (1977) y Walter Bernecker (1982), mientras que en Internet hay una amplia presentación en la obra de Cano y Viadiú (2007). Un enfoque teórico más denso sobre el tema de la autogestión lo hemos desarrollado en otro trabajo (Méndez y Vallota, 2006).

Sigamos con otras objeciones. ¿Una sociedad sin Estado no estaría indefensa ante ataques exteriores? El hecho de vivir bajo la tutela estatal no ha salvado a los pueblos de agresiones armadas a gran escala y podría decirse que las han promovido. Los ínuit del extremo norte de América (mal llamados *esquimales*) que nunca han tenido una organización estatal y mucho menos ejército, han vivido 500 años sin un enfrentamiento armado entre ellos ni con el exterior. De hecho, en la mayoría de las naciones, las fuerzas militares y policiales son utilizadas, abierta o disimuladamente, en contra de sus propios habitantes como un ejército de ocupación. El Estado no protege sino que vigila y agrede para defender a una élite dirigente que, diciendo las cosas claramente, es el enemigo fundamental del pueblo de cada país. Un Estado, que mantiene y se apoya en un ejército regular, tarde o temprano debe embarcarse en algún conflicto, interno o externo, al menos para justificar el gasto y mantener el entrenamiento.

En Latinoamérica es más claro que en otras regiones del mundo, pero todos sabemos que la gran mayoría de las guerras y enfrentamientos armados internacionales se han hecho y se hacen en beneficio de esas minorías dominadores, aunque bajo los pomposos nombres de la defensa de la patria, dignidad nacional o similares. Más aún, la evolución tecnológica y organizacional de los conflictos bélicos ha derivado en que el ejército no sea salvaguarda de nada, porque hoy el máximo esfuerzo y la mayoría de las víctimas se da entre los civiles que corren muchos más riesgos que los militares, quienes en tales circunstancias cuentan con la máxima protección y hasta la posibilidad de obtener jugosos beneficios. Basta citar que en las guerras más conocidas de los últimos años (Irak, ex-Yugoslavia, Chechenia, Colombia, etc.) los combatientes formales han tenido una cifra de bajas mucho menor a los civiles, que han sufrido casi todos los rigores agresivos de uno y otro bando. Hasta el momento, en la guerra de Irak se cuenta un militar muerto por cada 40 civiles caídos.

Una respuesta libertaria clásica es reconocer que la defensa del pueblo está en sus propias manos y la solución es la de armarlo. Las milicias anarquistas españolas estuvieron cerca de ganar la guerra civil en 1936 a pesar de la escasez de armamento, de la traición stalinista y de la intervención de Alemania e Italia a favor del alzamiento de Franco y sus secuaces. El error fue subestimar las propias fuerzas y dejarse integrar en el ejército regular de la República. No cabe duda que una población armada sería difícil de subyugar por ningún atacante del exterior, como la muestran la enconada resistencia y los éxitos que han tenido guerrillas con auténticas raíces populares frente a ejércitos de ocupación más poderosos.

Pero es cierto que un ensayo de sociedad libertaria podría ser destruido desde el exterior. Los jefes del imperio norteamericano, como lo hicieron en su momento los dirigentes soviéticos y lo haría cualquier

otra potencia, probablemente intentaría exterminarla antes que permitirle vivir en libertad e igualdad, por supuesto que con la interesada colaboración de todos aquellos que con la revolución vieran peligrar sus privilegios. Contra esa amenaza de destrucción la mejor respuesta es el movimiento revolucionario en otros países. Dicho de otra manera, la defensa más eficaz contra las bombas atómicas, yankis o rusas, fue el movimiento de la gente de Estados Unidos, Rusia y de todo el mundo. En el caso del Estado bajo el cual vivimos, la mayor esperanza de evitar el exterminio se basa en quitarle el privilegio del uso de los armamentos de aniquilación masiva. Podríamos garantizarnos un efectivo sistema mundial de seguridad si la solidaridad internacional llegase al punto que los trabajadores esclarecidos de los distintos países enemigos fueran capaces de impedir que sus respectivos gobernantes lanzaran ataques externos.

Y esto no es fantasía, pues hay precedentes; como el ocurrido en la década de 1920, cuando la Rusia Soviética se salvó de una intervención británica masiva gracias a una serie de protestas y sabotajes de los obreros británicos; o la movilización popular en Estados Unidos contra la intervención en Vietnam a fines de los años de 1960. Pero dijimos *esclarecidos*, porque también hay ejemplos en que los pueblos fueron arrastrados a enfrentamientos que en nada los beneficiaban debido a una obnubilación resultado de la propaganda y el empleo de los múltiples recursos con que cuentan el Estado y la clase dominante.

### **Violencia y Socialismo Libertario**

Una de las características de los gobiernos latinoamericanos ha sido la represión agresiva de las protestas colectivas, represión que testimonia la incapacidad de los políticos de estas latitudes para asumir o solucionar los conflictos sociales de manera tolerante. En cada caso, que el gobierno de turno quitó el bozal a sus fuerzas represivas, argumentó que lo hacía para defender el orden y los bienes (no a los ciudadanos) de la amenaza de la subversión y la “anarquía”, pues es un lugar común para el poder reinante y sus defensores equiparar anarquía con la violencia y desorden que se atribuye a los de abajo. Pero ¿qué dicen los propios libertarios cuando se identifica de ese modo a su ideal?

Negar la posibilidad de la violencia como un momento en la lucha revolucionaria está lejos del anarquismo. En algún lapso, el enfrentamiento destructivo que ella conlleva se hace presente, pues siempre habrá que responder a grupos que apelen a la fuerza como argumento para defender sus privilegios. Pero, si la violencia puede ser necesaria, en modo alguno es la guía para la transformación que se pretende, que es un cambio total en la organización social y económica de la humanidad que se funda en un cambio de los valores de cada individuo. De ninguna manera este cambio radical puede ser el resultado de una revolución puntual y catastrófica, que a lo más podría llegar a dominar el poder político,

lo que es contradictorio con la esencia del movimiento anarquista pues el objetivo precisamente es destruirlo. Está totalmente fuera de la tradición anarquista pensar que una algarada callejera, así logre tomar La Bastilla o el Palacio de Invierno, consiga transformar la sociedad tal como se desea, ni que sea el primer paso. En todo caso podría ser el último, porque la pretensión anarquista no se limita a la mera socialización de la economía ni menos aún a la adquisición del poder en alguna de sus formas, sino que busca modificar las relaciones entre los hombres fundándolas en la libertad, la igualdad y la solidaridad, lo que hace que la revolución se extienda a todos los aspectos de la vida de todos y de cada uno y encierre tanto un cambio de las relaciones comunitarias como un cambio personal.

*No es por tanto que el anarquismo niegue la violencia, sino que rechaza esa violencia que es únicamente manifestación de la pasión destructiva y no está subordinada a la acción constructiva, y que ni siquiera sirve de detonante de un vasto movimiento popular revolucionario. No es en la violencia de un grupo de donde ha de surgir la creación de un mundo nuevo, sino de la participación e incorporación de todos y cada uno en esa tarea generadora. La violencia como momento destructivo es apenas un punto de un proceso constructivo mucho más largo y amplio.*

Sin olvidar que entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX cierto número de ácratas -impacientes ante la enorme injusticia y desigualdad que les rodeaba- apoyó las acciones violentas de lo que se llamó entonces “propaganda por el hecho”, eso es insuficiente para asociar anarquía y violencia de manera tan directa como se ha pretendido. En todo caso, recuérdese que tanto en aquel momento histórico como en todos los otros habidos en siglos, la gran mayoría del movimiento libertario no ha seguido vías estratégicas o tácticas que impliquen el uso sistemático del llamado terrorismo revolucionario. Tampoco se puede olvidar que los anarquistas han padecido, en el mundo entero y bajo cualquier régimen, más violencia que la que pueden haber ocasionado, pues lo cierto es que la represión policial de cualquier gobierno democrático-representativo latinoamericano ha matado más gente que, por ejemplo, los fallecidos por causa del gran movimiento filo-anarquista del mayo francés de 1968. Los libertarios inmolidos se cuentan por miles, muy pocos por la violencia ciega que ellos hubiesen propiciado y sí en cambio víctimas casi todos por defender -frente a los explotadores y opresores- ideas que son capaces de elevar a la humanidad a un nuevo estadio de dignidad. Ha habido menos violencia en los anarquistas que en las guerras santas de las religiones, en los conflictos por conquistar mercados o en los movimientos por apoderarse del poder político; en cambio han aportado como nadie su permanente activismo a manifestaciones pacifistas, en defensa de las minorías y en pro de los derechos de todos y cada uno.

Si esto que decimos es así, entonces ¿De dónde surge la asociación anarquía-violencia? Un recorrido por la historia ayuda a explicar esto. La violencia ácrata nunca fue del estilo de los guerrilleros fundamentalistas (religiosos, étnicos o políticos) actuales, que igual atacan una patrulla del ejército, masacran a un poblado desguarnecido, o colocan bombas en escuelas y zonas comerciales transitadas. La violencia anarquista se ha caracterizado por ser puntual, específica, por atacar contra un Rey, un obispo, un Presidente, un torturador, por robar bancos, atacar a instituciones o empresas símbolos de la opresión. Los libertarios siempre golpearon en las estructuras de poder, donde los privilegiados se sienten seguros y atacándolos directamente. De allí que los afectados se ocupasen especialmente de sobre-dimensionar esa violencia, porque les llega de cerca, haciendo que los medios señalen el horror de la desgracia de uno de ellos como más notable que lo padecido a diario por los miles que sufren sus desmanes.

### **A modo de conclusión**

Lo expuesto anticipa que estas páginas no tienen final, sino en todo caso continuación. Por ello, en este punto no puede haber sino una invitación al diálogo, a la reflexión, a la acción, a ensimismarse y buscar con los otros alternativas políticas y filosóficas que impidan que el siglo XXI sea continuación de lo malo que nos trajo el siglo XX, rescatando lo positivo que la gente aportó, a pesar de todo y de unos pocos. El futuro no está allí esperándonos, tenemos que construirlo, así que aceptar pasivamente lo que desde el Estado e instancias de poder asociadas nos han ofrecido no ha resultado un buen refugio. Nos toca hacerlo nosotros mismos y para ello no parece que haya otra alternativa que la anarquía nuestra de cada día.

### **REFERENCIAS**

ANARCOPIEDIA (2007), “Escuelas anarquistas”, en [http://spa.anarchopedia.org/Escuelas\\_anarquistas](http://spa.anarchopedia.org/Escuelas_anarquistas). Consultado: 31/05/2007.

ATENEO LIBERTARIO VIRTUAL (2001), “Historia del Anarquismo”, en <http://www.galeon.com/ateneosant/Ateneo/Historia/Principal.htm>. Consultado: 31/05/2007.

BERNECKER, Walter (1982), **Colectividades y Revolución Social**. Editorial Crítica, Barcelona

BLACK, Bob (2007), “La Abolición del Trabajo”, en <http://www.geocities.com/samizdata.geo/Abolicion.html>. Consultado: 31/05/2007.

CANO, Benjamín e Ismael VIADIÚ (2007), “El colectivismo agrario en la Revolución Española”, en

<http://www.banderanegra.canadianwebs.com/colec.html>. Consultado: 31/05/2007.

CHOMSKY, Noam (1993) **Conversaciones Libertarias**. Madre Tierra, Móstoles-Madrid.

CÍRCULO OCULTO y Otros (2007), “Crimen y Castigo”, en <http://www.alasbarricadas.org/ateneo/modules/wikimod/index.php?page=k>. Consultado: 31/05/2007.

CRUZ NEGRA ANARQUISTA VENEZUELA (2007), en <http://www.cna.contrapoder.org.ve>. Consultado: 31/05/2007.

HALL, John y John IKENBERRY, (1993), **El Estado**, Alianza, Madrid.

HARRIS, Marvin (1997), **Nuestra Especie**. Alianza, Madrid.

HUME, David (1977), **Tratado de la naturaleza humana**. Editora Nacional, Madrid.

MINTZ, Franz (1977), **La Autogestión en la España Revolucionaria**. La Piqueta, Madrid.

MÉNDEZ, Nelson y Alfredo VALLOTA (2001), **Bitácora de la Utopía**. Ediciones Biblioteca UCV, Caracas.

MÉNDEZ, Nelson y Alfredo VALLOTA (2006), “Una perspectiva Anarquista de la Autogestión”, en REVISTA VENEZOLANA DE ECONOMÍA Y CIENCIAS SOCIALES, FACES-UCV, Caracas, Vol. 12, Nº 1, pp. 59-72.

PEIRATS, José (1976), **Los anarquistas en la Guerra Civil Española**. Jucar, Gijón.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO - PNUD (2007), “El Estado de Desarrollo Humano”, en [http://hdr.undp.org/hdr2006/pdfs/report/spanish/Pagesfrom08-Middlematter\\_ES-2.pdf](http://hdr.undp.org/hdr2006/pdfs/report/spanish/Pagesfrom08-Middlematter_ES-2.pdf). Consultado: 31/05/2007.

VALLOTA, Alfredo (2004) “La Técnica y el desafío del Siglo XXI”, en Revista EL CUERVO, Dpto. de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico – Recinto Aguadilla, # 31, pp. 56-67.

VOLIN: (1977) **La Revolución Desconocida**. Editorial Proyección, Buenos Aires.